

ficaba comisionó al Sargento Mayor Don Diego Berzabal, para la prision de los Sargentos complicados, la qual se verificó la madrugada del 14 de Septiembre sin percibir el público la causa de ella: y examinados por el comisionado confesaron de liso en llano todo el hecho. Volvió Garrido de su expedicion, y dió parte de que el Cura Hidalgo tomaba con eficacia las medidas para verificar su proyecto en el dia citado, lo que oido por el Sr. Intendente, mandó se le pusiese en la prision que á los demas para que no sospechasen su delacion. Inmediatamente libró orden al Subdelegado de S. Miguel el Grande, para que aprendiesen á los capitanes Allende y Aldama, y con la mayor violencia pasase al Pueblo de Dolores é hiciese lo mismo con el Cura Hidalgo y D. Mariano Abasolo. Al mismo tiempo encargó á D. Francisco Iriarte, que casualmente se iba á la Villa de San Felipe inmediata al Pueblo de Dolores, que observase los movimientos del Cura y le diese parte de la mas ligera novedad.

“El Martes 18 de Septiembre, dia en que Guanaxuato se hallaba lleno de consternacion y sentimiento, por haberse enterrado al virtuoso y benéfico Europeo D. Martin de la Riva, al acabarse sus funerales á las 11 $\frac{1}{2}$ de la mañana llegó un expreso mandado por Iriarte, el que daba parte al Sr. Intendente, que habiendo interceptado el Capitan Allende la orden que S. S. mandaba al subdelegado de San Miguel el Grande que queda referida, se fué á Dolores donde llegó el dia 15 á las 12 de la noche, conferenciando con el Cura Hidalgo se levantó este, y con 5 hombres voluntarios y 5 forzados comenzó su empresa, prendiendo á 7 Europeos de Dolores, incluso el padre Sacristan, confiscando y repartiendo sus bienes, lo mismo hicieron en San Felipe el dia 16 caminando con todos los presos para la villa de San Miguel donde había executado lo mismo, de donde por momentos con multitud de gentes que se le habian asociado debia venir á esta capital.

“Sorprendido con la noticia el Sr. Intendente mandó

tocar generala, se juntó el Batallon que estaba sobre las armas, y casi todo el vecindario así Europeos como Americanos, y un gran número de plebe. Al mismo tiempo se veian correr hombres á caballo y á pie por todas direcciones: se cerraron las puertas de las casas. La comunidad de San Diego se presentó en la puerta del Templo enarbolando un Santo Cristo. Las plazas quedaron solas y todo causaba el mayor horror y confusion. Cerciorado el Público del hecho, se le advirtió el mayor empeño de entrar en accion con los enemigos, los que segun el general entusiasmo si entran aquel dia hubieran perecido sin remedio: y se aseguraba estaban á tres leguas de esta Ciudad.

“A las dos de la tarde mandó el Sr. Intendente juntar en las Casas Reales á los Prelados de las Religiones, Eclesiásticos y Vecinos distinguidos, exortandolos y noticiandoles estos hechos, asegurandoles que le parecian muy bastas y fundadas las medidas del cura, y temia con fundamento que dentro de 6 horas sería su cabeza el escarnio del Pueblo. En la tarde se condujeron maderas cerrando las vocascalles principales, con trincheras y fosos, poniendo á los vecinos sobre las armas, estableciendo patrullas de á caballo, mandando abanzadas de á 40 hombres á Sta. Rosa, Villalpando y Marfil, puntos por donde se temia la invasion.

“El Jueves 20 á la una de la mañana se tocó generala, por haber dado parte la avanzada de Marfil de que se descubría gente enemiga, y se puso la Ciudad en movimiento, aunque se advirtió no reinaba ya el entusiasmo que el primer dia, pero se atribuió á lo incomodo de la hora, y este movimiento duró hasta las 2 $\frac{1}{2}$ de la mañana en que llegó nuevo parte, diciendo no haber nada, y que la causa fue dos balazos que se le antojó tirar al cura de Marfil.

“Seis dias se mantubo este genero de fortificacion guardandose una vigorosa disciplina en la guarnicion, como en la mejor plaza de armas.

“El lunes 24 del mismo amaneció la Ciudad sin las trincheras y cegados los fosos, cosa que se extrañó

demasiado hasta que se tubo noticia de que la noche anterior, había dispuesto el Sor. Intendente hacerse fuerte en la nueva y hermosísima alhondiga de Granaditas, situada en la entrada principal de esta Ciudad, en una pequeña altura, lo cual verificó dicho Sor. retirándose á ella, y llevándose consigo quanto existía en la Real Tesorería de plata y oro acuñado, en barras, azogue en caldo, Bulas, papel sellado, Archivo, incluso el de la Ciudad, y quantos utensilios existían en aquella Real Casa, con la Caxa de Provincia, que contenía los caudales de propios y bienes de comunidad, señalando una pieza donde asistiesen los Ministros de Real Hacienda y demas oficiales. Hecho esto mandó construir tres trincheras en las tres calles principales que conducen á dicha Alhóndiga, con maderas de ensino y fosos en que se trabajaba con la mayor actividad, dexando una especie de plazoleta que circundaba á la misma alhóndiga, Hizo entrar en ella al Batallon de Infantería, dos compañías de Dragones del Príncipe que vinieron de Silao, la mayor parte de los Europeos y muchos Americanos decentes, todos armados, con lo que creió seguro de poderse mantener por muchos dias hasta que le llegase alguno de los auxilios que había pedido con expresos al Exmo. Sr. Virey de México y al Sor. Comandante de Brigada D. Felix Calleja, y para sostenerse en caso de sitio, acopió todo género de biberes capaz de mantener por tres ó quatro meses á 500 personas que compondrían la guarnicion del fuerte.

“Este acontecimiento tan inesperado puso á toda la Ciudad en el mayor conflicto por ver el desamparo en que había quedado, reduciendo á un solo punto la defenza; y esto movió al Sr. Alferes Real D. Fernando Perez Marañon, á citar un acuerdo que debía presidir el Sor. Intendente, lo que se verificó la tarde del 26 en la misma alhóndiga. El citado Sr. Alferes Real fué el primero que habló en aquella junta, manifestandole al Sr. Intendente el desconsuelo en que se hallaba toda aquella Ciudad por haberse retirado S. S. á aquel

punto con toda la tropa, de que resultaba quedar el lugar en un total desamparo, incapaz de defenderse en caso de algun asalto: á lo que contextó el Sr. Riaño que le había sido indispensable tomar aquel partido, atendiendo á la poca gente que tenía de guarnicion, por lo que había elegido aquel lugar por mas fuerte, por ser todo de quarton y vobeda para poderse mantener en él custodiando los Reales intereses, hasta morir al lado de ellos como lo tenía de obligacion, y que el vecindario se defendiera como pudiera, con lo que terminó el acuerdo y el Sr. Intendente siguió dirigiendo sus obras, tapando por dentro con calicanto una de las dos puertas de aquel edificio, y haciendo preparatibos para la defenza con polvora, balas y un genero de bombas que se inventaron con los frascos de fierro en que viene embasado el azogue en caldo, los que llenos de polvora y apretados los tornillos, se les hizo un pequeño abujero para ponerles una mecha y arrojarlos á su tiempo á los enemigos, cuyos cascos hechos pedazos al reventar hicieran el mayor estrago. Los dias siguientes se emplearon en acabar de abastecer el fuerte de algunas cosas que faltaban, y en recoger los mas de los caudales de los Europeos, quienes creyendose allí enteramente seguros, metieron quanto pudieron de dinero, barras de plata, alhajas preciosas, las mercaderias mas finas de sus caxones, baules de ropa, alhajas de oro y diamantes, y quanto tenían de mas valor en sus casas; de modo que en mas de treinta salas de vobeda que tiene en su interior aquel edificio, siendo estas de bastante extension, casi no se podia entrar á ellas por la multitud de cosas que allí se guardaron, de manera que no baxaria de cinco millones á lo que ascendia el valor de lo enserrado en aquella fabrica. Lo del Rey se dice seria como medio millon de pesos en plata y oro acuñado y sin acuñar y setecientos quintales de azogue en caldo. Otras piezas se hallaban llenas de todo genero de biberes los que con la provision de agua del algibe, mucho maiz y 25 molenderas que tambien se introduxeron finca-

ban una cierta esperanza de mantener por muchos dias aquel fuerte, sin reflexar que se halla circundado de alturas indefensas, como son el cerro del Quarto, el del Benado, la azotea de Belen y otras casas que hacen infructuosa la defenza, como lo acreditó la experiencia.

“El dia 26 salieron fugitivos de esta Ciudad muchos Europeos que se mostraban los mas valerosos, entre ellos D. Modesto de Villa, D. José Gonzalez, D. Juan Ortiz, D. Juan Portegueda, D. Pedro de la Riva, D. Juan Zamora y otros que desaparecieron del fuerte, infundiendo su fuga bastante desaliento en todos los vecinos de esta ciudad, de modo que ya no hubo quien asistiera á las abanzadas de Santa Rosa y Villalpando; pues de ochenta personas que las componian, solo quedaron de seis á ocho. Al mismo tiempo cesó el entusiasmo de la plebe, diciendo publicamente en las vinerías y plazas, que ellos no se metian en nada, y se advertia de la oracion á las diez de la noche gente baxa sentada en las banquetas de la plaza, diciendo que allí esperaban el saqueo, para ver si les tocaba alguna cosa.

“El dia 27 por la tarde se abrieron las puertas del Castillo y salió el Sr. Intendente marchando con su gente hasta la plaza mayor, donde la mandó formar en batalla: esta se componia de cosa de trescientos hombres poco mas: la primera y tercera fila de soldados del Batallon con sus fusiles y banderas, y la de enmedio toda de Europeos en diversos trajes, y á los lados dos compañías de á 35 hombres de caballería comandados por los capitanes D. Joaquin Pelaez y D. José Castillo, tan mal montados los mas de los Soldados que los caballos ni hacian al freno, y eran muy ruines y flacos que sin remuda sufrieron las patruyas de las noches antecedentes. Los mas de los soldados y Europeos quedaron de guarnicion en la Alhóndiga.

“El viernes 28 de Septiembre dia terrible y memorable para esta Ciudad á las once de la mañana llegaron á la trinchera de la cuesta que sube de la calle de Belen

á la Alhóndiga D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo, el primero con divisa de Coronel y el segundo de Teniente Coronel acompañados de dos dragones y dos criados con lanzas, y entregaron allí un oficio que traian del Cura Hidalgo para el Sr. Riaño, quien mandó decir por medio de su Teniente Letrado, que era necesario esperasen la respuesta por tener que consultar antes de darla, lo que oido por Abasolo se marchó inmediatamente, dexando á Camargo que aguardase la respuesta, y antes de que se la dieran, pidió licencia para entrar en el fuerte por que tenia que hablar en lo verbal, la que se le concedió, y desde la trinchera se le conduxo con los ojos vendados á usanza de guerra, hasta que llegó á la pieza donde debia estar. Allí se le quitó la venda y estuvo en conversacion con el Teniente Letrado, Don Francisco Iriarte, Don Miguel Arizmendi y otros individuos en cuja compañía se le sirvió la sopa, y se mantubo conversando hasta que se le despachó. Interin pasaba esto, hizo juntar el Sr. Intendente á todos los Europeos y oficiales de tropa, y mandó que en voz alta se le leyese el oficio, que acababa de recibir, el qual en substancia decia “que el numeroso exercito que comandaba lo había aclamado en los campos de Celaya por Capitan general de América, y que aquella Ciudad con su Alluntamiento lo había reconocido por tal, y se hallaba bastantemente autorizado para proclamar la independencia que tenia meditada; pero que siendole de obstuculo los Europeos le era indispensable recoger á los que existian en este Reyno y confiscar sus bienes, y así le prevenia que se diese por arrestado con todos los que le acompañaban, á quienes trataria con el decoro correspondiente y de lo contrario entraria con su numeroso Exército á sangre y fuego, y sufririan el rigor de prisioneros de guerra, firmando Miguel Hidalgo Capitan general de America.” Al pié de dicho oficio le decia al Sr. Intendente “que la amistad y buena ley que le había profesado le hacia ofrecerle un asilo para su familia, en caso adverso.”

“Acabado de ler el oficio dixo el Sr. Intendente “Sres. ya V. V. han oido lo que dice el Cura Hidalgo: este Sr. trae mucha gente, cuio numero ignoramos, como tambien si trae artilleria, en cuyo caso, es imposible defendernos. Yo no tengo temor, pues estoy pronto á perder la vida en compania de V. V. pero no quiero crean que intento sacrificarlos á mis particulares ideas. V. V. me dirán las suias que estoy pronto á seguir las.” Un profundo silencio siguió á esta peroracion, los mas pensaban rendirse considerando la poca fuerza conque contaban: otros se hallaban con el corazon atravesado de pena en consideracion á sus familias que habian dexado espuestas en la Ciudad, pero temian ser los primeros en levantar la voz, hasta que lo hizo D. Bernardo del Castillo, diciendo “no Señor no hay que rendirse, vencer ó morir” y oido por los demas, siguieron su dictamen y el S. Intendente Inego que estuvo satisfecho de la voluntad de todos se salió á contestar diciendo continuamente ¡Ah, Ah, pobres de mis hijos los de Guanajuato!

“Con la mayor entereza respondió el oficio al Sr. Hidalgo diciendo “que no reconocia mas Capitan general de la America que al Exmo. Sr. Virey D. Francisco Xabier de Benegas, ni podia admitir otra reforma en el Gobierno que la que se hiciese en las próximas Cortes que estaban para verificarse, y que en esta virtud estaba dispuesto á defenderse hasta lo último con los valerosos soldados que le acompañaban,” firmando con tal serenidad como si despachara su correo ordinario. Al pié del oficio le contesta la carta particular al Sr. Hidalgo diciendole “que la diferencia de modos de pensar no le impedia darle las gracias por su oferta y admitirla en caso necesario”.

“Despachado con esto á Camargo, comenzó el Sr. Intendente á dar sus disposiciones para recibir al enemigo, colocó tropa en la trinchera y el resto con los Europeos, parte en la plasoleta de fuera de la Alhóndiga y parte en la Azotea donde se puso bandera de guerra: las dos companias de caballeria se hallaban forma-

das dentro de las trincheras para defenderlas: se proveyó de cartuchos y demás necesarios, tomando la tropa un corto refresco: algunos sacerdotes y religiosos confesaban al que quería y todo estaba listo; pero tanto en las alturas como al rededor del fuerte no se veía mas que la pleve sentada como quien aguardaba una diversion. A la una de la tarde comenzó á entrar el Ejército por la calzada que se componía de muchos indios honderos, algunos de flecha y garrote, los demás de lanza con algunos fusiles: seguía la caballeria compuesta de rancheros con lanzas, espadas y machetes, soldados con toda su forniture de Dragones de la Reyna de San Miguel, y Regimiento de Infanteria de Celaya, que en todo compondrian 20,000 hombres.

“El fuerte estaba comunicado por una puerta con la Hacienda de platas nombrada Dolores cuia noria y bardas dominaban la calzada y desde allí comenzaron los Europeos á tirar algunos tiros de que murieron tres indios, lo qual visto por los demas se dividieron en dos trozos parte de los de á pié y caballeria tomó por detras de Pardo para subir al cerro de San Miguel baxando los primeros por el Benado y los segundos por la calzada de las Carreras: y el otro trozo todo de á pié tomó por detras de Florez para subir al Cerro del Quarto: de trecho á trecho se veian vanderas de todos colores que parecian ser mascadas puestas en palos con una estampa de Nuestra Señora de Guadalupe. Todos los de á pié se pusieron sobre las asoteas y en sitios donde alcanzaba la honda; al mismo tiempo que otros en el rio quebraban piedras y se las daban á los provedores que como ormigas subian á todas partes: era tal el aguacero de piedras que en un momento no quedó ninguna persona en la azotea de la Alhóndiga, y esta y el patio concluida la accion tenia una quarta de las arrojadas. El trozo de caballeria que baxó por las Carreras era de 2,000 hombres, los que fueron inundando las calles y llegando á la cárcel dieron libertad á cincuenta y tantos reos de causa criminal y á otros muchos, como tambien á las presas de las recogidas, lle-

bandolos delante con direccion á la Alhóndiga, gritando todos "Viva Maria Santísima de Guadalupe y viva la América."

"En el tránsito que hacian por esta Ciudad los de á caballo tiraron varios fusilazos á los balcones de las casas cerradas y gritaban que abrieran las puertas. En la de D. Francisco Mariño quebraron la vidriera del balcon y un candil de cristal; y en la de D. Diego Zenteno á mas de varios tiros rompieron las puertas y repartieron á la pleve toda la confitería.

"Situados los honderos en sus puestos, los fusileros en el cerro del Quarto (que solo dista el ancho de una calle de la Alhóndiga) y otros desde el Benado se comenzó la batalla con un fuego tan vivo que no se podian ni comprender el numero de tiros: el silbido de las balas se percibía por todas partes así como la gritería inmensa de la pleve unida con los indios, que luego dieron providencia de saltar las trincheras á pesar de que estas se hallaban llenas de muertos del fuego que hacia la tropa y los Europeos. No tardó tres cuarte hora en perderse la trinchera á cuió tiempo debia maniobrar la caballeria. En vano se exforzaron los capitanes Pelaez y Castilla, pues los soldados no quisieron obedecer, lo qual visto por el Sr. Intendente mandó tocar retirada adentro del fuerte, y los Indios se ápoderaron de los caballos de la tropa, y solo abrian campo delante de la puerta del castillo de donde se les hacia un fuego muy vivo: fué de notar un indio hondero á quien dieron un balazo en la rodilla, el qual con esta herida no cesaba de mover su honda: entonces recibió el Sr. Intendente una pedrada en la mexilla izquierda de que derramó bastante sangre. Serian las dos y media de la tarde quando advirtió S. S. que el centinela de la puerta se había fugado abandonando el fusil, el qual tomó, y puesto con el al hombro hacia de centinela tirando varios tiros con cartuchos que le pedia á un sargento: advertido por este del peligro, no quizo abandonar el puesto, lo qual visto por un cabo del Regimiento de Celaya, preguntó á o-

tros que quien era aquel soldadado tan decente, y habiendole respondido que era el Sr. Intendente, dixo pues voy á matarlo, y dando un pequeño brinco para tomar mampuesto, le metió el punto con tal asierto, que le dió la bala arriba del ojo izquierdo, descalabrando la misma á un cabo del Batallon que estaba á sus espaldas: encogió los hombros y calló muerto, terminando sus preciosos dias aquel valeroso Gefe, cuiá memoria y el amor que tenía á esta Ciudad, harán eterna su memoria y objeto de compacion por su desgraciada familia. El Sargento Mayor, el Cabo y Sargento relacionados subieron su cuerpo al quarto núm. 21, donde ocurrieron todos á compadecer tal desgracia. Su hijo D. Gilberto se abrazó de su Padre y habiendose levantado exclamó diciendo "al fin mi buen Padre moriste con el honor que viviste; pero yo no puedo sobrevivir á tu desgracia" y metiendo mano á una pistola la preparó con animo de quitarse la vida, si no lo hubieran contenido varias personas de respeto y solo se serenó con la protexta de que lo iban á poner en el punto mas peligroso.

"Luego que murió el Sr. Intendente se cerró la puerta de la Alhóndiga, y se dividió el ejército parte en las ventanas y parte en la Hacienda de Dolores desde donde se hacia un terrible fuego en todas direcciones: comenzó el Enemigo á dar barrenos en una esquina, á minar por el caño principal para introducirse en lo interior á poner fuego en las puertas y á pesar de los muchos que morian se sucedian otros con ocote y brea para conseguir su intento. No fueron bastantes quince frascos para hacerlos retroceder ni los acobardaba ver morir á sus compañeros, lo qual advertido por el Sargento mayor les dixo á gritos, que era mejor rendirse pues no concebía esperanza de la empresa, entonces unos echaban dinero por las ventanas, otros corrian y tiraban las armas, no habia orden ni obediencia, otros querian morir antes que entregarse, y no se sabe quien dió un balazo al Sargento mayor D. Diego Berzabal de que calló muerto, a-

tribuiendose este hecho á uno de sus mismos soldados que reprehendió: estos se desnudaban tirando las casacas y desde entonces ya no hubo defenza ni cabeza, ni orden: con mucho trabajo se enarboló bandera de paz, á cuió tiempo todavia no ardían las puertas y habiendo cesado el fuego y piedras, se arrimaron los indios y pleve; mas como los de la Hacienda de Dolores no sabian lo que pasaba en el castillo, les hicieron un fuego muy vivo y el hijo del Sr. Intendente sin poderlo contener, arrojaba frascos haciendo uno y otro muchísimo extrago: gritaron todos traicion traicion y sus gefes les dixerón que no se perdonaba vida: pusieron mas fuego á las puertas que ardían y las ganaron á las tres y media de la tarde con una algasara que se percibia en todo Guanaxuato; la humareda, los gritos y la multitud acabó de acobardar á quantos estaban dentro, abrazandose unos de los sacerdotes y otros poniendose de rodillas; pero muy lexos de apiadarse comenzaron á matar á quantos encontraban, desnudandolos á tirones y ehandoles con las hondas laso al pescueso y á las partes, y mientras estiraban unos, otros les daban lanzadas acabando en medio de los mas lastimosos clamores: algunos Europeos y Criollos intentaron defenderse é hicieron muchísimas muertes, pero la multitud los venció. Los de la Hacienda de Dolores intentaron salirse por la puerta falsa que cae al puente de palo, pero quando iban en las caballerizas, la echaron abaxo los indios y la pleve, y comenzaron allí la matanza. Refugiados los mas en la noria hacian maravillas de valor, principalmente D. Francisco Iriarte que mató como diez y ocho hasta que le faltó la espada y espiró cubierto de heridas. Allí murió D. Luis Portu y su hermano D. Manuel en la Alhóndiga, D. José Manuel Arellano, D. Miguel Carrica, D. José Posadas, D. Tomas Sein, D. Cipriano Urbina y otros muchos cuyo numcro fueron cinco en la caballeriza, once en la Vivienda, siete arriba en la noria y cinco que se hallaron ahogados sin heridas por haberlos precipitado el miedo con la esperanza de

salvarse agarrados de la sogá: pero se corrió con el peso y todos fueron á la eternidad.

“Volbamos pues á la Alhóndiga: salieron muchos vivos pero encueros y entre dos de á caballo los conducian al Quartel de caballería en calidad de prisioneros: solo salió vestido el capitán Pelaez quien les decia que el general lo queria vivo y habia ofrecido por él 500 pesos y de este modo lo cuidaron para recibir el premio que no tubieron. Fueron tambien prisioneros el Teniente Letrado que sacó solo media levita, D. Bernabé Bustamante, D. Angel de la Riva, D. Joaquin Alcayaga, D. Juan Castrillo, D. Félix el boticario, D. Miguel Arizmendi, D. Pedro Telmo, el Padre Septien, el capitán D. Francisco Bustamante (D. José Manuel Bustamante criollo murió), D. Francisco Septien y Montero, los hijos de Bernabe Bustamante, D. Manuel Septien, el hijo del Sr. Intendente, D. Luis Micra, D. Pedro Quixano, D. Pedro Cobo, el capitán Escalera y otros muchos, que los mas muy heridos escaparon de la pronta muerte, pero no de la prision y fallecimiento que ya se habia verificado en los mas de sus heridas, y de la fiebre que les acometió en la cárcel, sin embargo del mucho cuidado con que se les asistió despues, tanto en medicinas como en alimentos.

“A las cinco de la tarde se terminó la accion en la qual murieron cinco Europeos, y casi igual número de oficiales y soldados del batallon, habiendo perecido muchos indios en casi cuatro horas que sufrieron con bastante cercanía el fuego; pero se ignora el numero de sus muertos porque los enterraron en el rio durante la noche y solo aparecieron cincuenta y tres que se enterraron á otro dia en la Parroquia y unos quantos en San Sebastian. Entre los que murieron son dignos de elogio el Europeo D. José Miguel Carrica por su religion pues le hallaron cilicios quando lo desnudaron los indios, y les pesó haberlo matado; y el americano Alferes de Dragones del Príncipe D. José Francisco Valenzuela natural de Irapuato por su valor, pues habiendose quedado á caballo fuera de la

Alhóndiga, recibió un palo, y al instante descargó en los indios sus dos pistolas, y metiendo mano al sable subió y baxó tres ocasiones la cuesta que llaman de Mendizabal, haciendo muchísimas muertes, hasta que con dos lanzas lo sacaron por debaxo de los brazos del caballo, y viendo que ni aun así se moría lo llevaron preso y murió en el camino, repitiendo viva España hasta el último momento.

“Como los Indios fueron los primeros que entraron á la Alhóndiga, quedó fuera de ella una multitud de plebe deseosa tambien de participar del saqueo; pero les era imposible entrar: una voz que se esparció de que iba á volar la Alhóndiga quemandose dos quartos llenos de polvora á donde ya llegaba el fuego, hizo que los Indios desamparasen aquel puesto, y que todo el Exército del Sr. Hidalgo corriera, los de caballo á galope tendido, y los de á pié á los cerros gritando todos que se iba á quemar el castillo, en el qual no se introduxeron mas que tres caxas de polvora por que no la habia en el Estanco. Este suceso dexó en libertad á la plebe para que entrara, y comenzara el saqueo, pero no tardaron los indios en volver, y se verificó repartiendose entre todos quanto habia en aquellas oficinas, advirtiendose entre la multitud una muger, que casi encueros salió con una talega de pesos. No se escaparon las bulas, archivos de la Real caxa, todos los comestibles, el maiz, y mas de 60 arrobas de manteca que sacaban en los sombreros. Hubo muchas muertes tanto de ahogados como de puñaladas por pelear cada uno su presa, y todo esto se verificó pisando los cadaveres que así por estar encueros, como por los pisotones, heridas, maiz, arroz y manteca, mesclado con la sangre, quedaron absolutamente desconocidos. Duró la gritería hasta las 8 de la noche en que registradas aquellas bodegas por cuadrillas de hombres nada hallaban de valor y se retiraron sin hacer aprecio de los cadaveres. A las 10 de la noche se dió aviso á 2 sacerdotes de que algunos aun respiraban y fueron con bastante peligro á ministrarles al-

gun socorro. Se hallaban entonces las trincheras deshechas con una multitud de muertos: al rededor de la Alhóndiga no se podía andar de cadáveres: en el centro de ella aun humeaban los pedazos de puerta y otros utensilios que quemaron. El suelo era una torta de piedras, maiz, arroz, sal, manteca, sangre y otros destrozos. Las paredes tenian manos estampadas de sangre y regadas de ella por todas partes. Las escaleras no se podian andar de muertos y sangre, y los quartos se hallaban ya sin chapas. El cadáver del Sr. Intendente estaba encueros, y lo mismo 11 personas muertas en el quarto en que estaba S. S. En otros dos quartos estaban algunas personas heridas y con vida; pero encueros y llenos de la mayor aflicción esperando la muerte por momentos; pero algunos indios con lanza dixerón, que ya tenian orden de no matar á nadie, y aún les prestaron una ú otra fresada á los heridos, habiendose encontrado á un Europeo que escapó de la muerte, porque aunque herido pudo echarse encima tres muertos, para que lo tuvieran por tal, y así aguantó toda la noche.

“Estas son las noticias que pude adquirir de varios enviados que dispuse y examiaba con cuidado sin poderse saber con realidad otras mil cosas que allí pasaron y contaban de diversos modos.

“Interin esto pasaba en la alhóndiga se executó igual saqueo en las tiendas de ropa, vinaterias, casas y Haciendas de platas de los Europeos, lo qual duró hasta el sábado por la mañana que se echó bando con pena de la vida para que no siguiese el saqueo; pero ya era tarde, y aún siguió en muchas partes sin hacer caso de dicho bando.

“En la noche del Viernes no se oya otra cosa que achazos para derribar puertas, barriles que rodaban, tercios de todas clases que pasaban por las calles y multitud de gentes en ellas con ocotes, armas y bebiendo con el mayor desorden: entre 10 ó 12 abrian un barril y saciados derramaban el resto, tiraban los frascos llenos; y en fin, sería no acabar pintar el tu-

multuoso ruido, los gritos de quién vive, la pestilencia de licores y terror que poseia á los habitantes de esta Ciudad, el que se aumentó en extremo por haber tocado á fuego en Belén, y decir las gentes que corrian por las calles, que se abrazaba la Ciudad, y quiso Dios que solo fuera una casa que se quemó entre la Alhóndiga y el convento de Belén, cuyo fuego se cortó brebe.

“Amaneció el sabado 29 inconocible esta Ciudad, 34 tiendas ya no existian, ni los mostradores ni armazones de ellas. Las casas de los Europeos quitadas hasta las chapas, vidrieras y balcones. No se encontraba en la calle ninguna persona decente y con mucho trabajo se conocia á tal qual de la pleve: todo inundado de hombres con lanzas, machetes, fusiles, flechas y hondas. Con ser dia de fiesta no se dió misa en ninguna parte, y todo era confusion y gritos de mueran los gachupines: á pretexto de buscarlos se metieron á muchas casas y las registraron, viendose pasar por las calles quadrillas de hombres que llevaban á los Europeos, pero ya sin maltratarlos, ni encuerarlos: así trajeron á los de Valenciana y las otras minas donde se verificó tambien saqueo.

“Es nesario decir que se escaparon de él, las casas del Sr. conde de Perez Galvez y D. Manuel Portu y que las Haciendas del 1^o y del Sr. conde de Casarul no fueron saqueadas enteramente, porque á unas y otras se les puso guardia.

“El citado dia 29 y 30 se vendian efectos á unos precios infimos, como fueron barras de plata á 200 pesos, tercios de paños á 6, de cacao á 4, barriles de aguardiente á 5, onzas de oro á 8 pesos y pesos duros por 6 reales de trueque que no había: á este tenor estaban todos los demas efectos.

“Habiendose tratado de dar sepultura á los cadáveres de los Europeos y criollos que perecieron en la alhóndiga se condujeron desnudos como estaban, llevándolos entre 4, de los piés y de las manos, y algunos arrastrando hasta el Camposanto de Belén donde

se verificó el entierro de aquellos despedazados cuerpos, sin mortajas á excepcion del Sr. Intendente que se le puso una del Hospital la cual le daba á la espina, ni otra asistencia que la del Padre Capellan de aquel Convento Fr. Luciano de la Asumpcion, sin que fuese posible hacer otra cosa, pues no se podia hacer más porque no se permitia amortajar los cadáveres, ni aun hacer la mas ligera demostracion de sentimiento. Yo ví á una muger que porque dixo al pasar un cadáver pobrecito, le dieron una cuchillada en la cara.

“El Domingo 30 por la mañana mandó el Cura Hidalgo publicar un bando para que se reconocieran por Alcaldes Ordinarios á D. José Miguel Llorente y D. José María Chico, que habian sido electos por el cabildo, mandando al mismo tiempo que cesase el saqueo, imponiendo pena de la vida al que robare alguna cosa; pero no hicieron aprecio de esta providencia pues siguieron todavía saqueando lo poco que había quedado. Continuó dicho Sr. Cura repartiendo los empleos politicos y de Real Hacienda, nombrando por Intendente al Regidor Alferez Real D. Fernando Perez Marañon, quien se escusó de recibir este empleo, lo mismo hicieron los Regidores D. José Maria Septien, D. Pedro Otero y el administrador de Valenciana D. Casimiro Chovel, hasta que últimamente nombró al administrador de Tabacos D. José Francisco Gómez con el grado de Brigadier, y por su teniente letrado al Licenciado D. Carlos Montesdeoca, á quienes les hizo saber el Cura Hidalgo su nombramiento, previniéndoles que los habian de admitir sin escusa ni pretexto, como lo hicieron obligados de la fuerza.

“El martes 2 de octubre á las 9 de la noche se volvió á alborotar la ciudad porque le dieron noticia al Cura Hidalgo de que por Valenciana venia el Sr. Calleja con su exercito, y que en aquella mina habian pasado á cuchillo mucha gente sin perdonar ni aun á los niños y mugeres, cuya noticia puso en la mayor consternacion á todo el vecindario creyendo que cor-